

Ah Yi

Una pizca de maldad

Traducción de Miguel Ángel Petrecca



Adriana Hidalgo editora

narrativas

Título original: 下面, 我该干些什么
Traducción: Miguel Ángel Petrecca

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe
Producción: Mariana Lerner

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© 2012 *by* Ah Yi
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2018
www.adrianahidalgo.es

ISBN Argentina: 978-987-4159-20-5
ISBN España: 978-84-16287-08-6

*Published by arrangement with People's Literature
Publishing House Co., Ltd. China*

Impreso en España
Depósito legal: M-24064-2017

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Esta edición se terminó de imprimir en Artes Gráficas Cofás,
en el mes de marzo de 2018.

www.elboomeran.com

UNA PIZCA DE MALDAD

1

Hoy fui a comprar lentes. Me probé unos oscuros primero, pero el resultado era opuesto al deseado: queriendo ocultar, uno revela más. Luego elegí unos lentes comunes y sin gradación. Así era mucho mejor: no tenían nada llamativo y harían que la gente me tomara por miope. La gente tiende a confiar en las personas que usan lentes. Compré también un rollo de cinta e hice la prueba de envolverme una mano. Tardé bastante en arrancarme todo.

Comprar ropa no estaba en los planes de hoy, pero al final, por lástima, terminé entrando a una tienda. La dueña no llegaba a los treinta años. Era bajita y pequeña, la tez muy oscura, con un lunar negro azulado sobre la mejilla, un pelo largo sobre el lunar. Un cliente se acababa de burlar de su aspecto. Pensé que todo el mundo ama la belleza y que abrir una tienda de ropa era su forma de ejercer su derecho a ser mujer. Eso es lo que pensé. Pero en cuanto levantó la cabeza me arrepentí terriblemente. Sus ojos me seguían a todas partes con una expresión que no podía ser más servil. Estaba por irme cuando la escuché llamarme don. Dijo, en un tono casi conmovedor: “Lo que afuera venden a más de mil acá lo tengo a trescientos o cuatrocientos, don. La misma mercadería acá está de saldo”. Y mientras lo decía

agarró una camiseta: “Pruébese. Si no prueba no puede saber cómo le queda. Pruébese y después discutimos”. Esas frases para atraer clientes, aprendidas de memoria, sonaban muy poco naturales. Me la probé por encima frente al espejo y me di cuenta de que mi aspecto no cambiaba en nada, así que cuando ella dijo “le queda pintada”, la tiré a un lado.

“¿Qué estilo está buscando?”

“Lo que busco no lo tienes”, dije, y salí de la tienda.

“Por qué no me dice y vemos.”

“No sabría decirlo.” Me siguió hasta afuera como un perro abandonado. En ese momento pasaba caminando un hombre con típico aspecto de funcionario del gobierno: camisa y pantalones sin una arruga, zapatos brillantes, un portafolio bajo el brazo. Dije: “Algo así, ¿tienes?”. Para mi sorpresa, susurró: “Tengo, tengo”.

“¿Zapatos y portafolios también?”

“Tengo todo.”

Entró a la tienda y, sin sacarme la vista de encima, como si tuviera miedo de que me escapara, empezó a revolver en unas cajas de cartón. Efectivamente, juntó todo, sólo que el portafolios era marrón. Agarré las cosas y entré al probador. Enseguida salí vestido y me miré al espejo. Sobre una mesa había gel. Le dije: “¿Puedo?”.

“Es gratis. Todo lo que quiera.”

Saqué un montoncito y me peiné el pelo bien lustroso. Me pareció que la cosa iba por ahí. Le pregunté: “¿De cuántos años parezco ahora?”.

“Veinte.”

“La verdad.”

“Unos veintisiete.” Como no sabía si esta respuesta me satisfacía, me miró aterrorizada entrar al probador. Al salir, dejé la ropa a un lado, la miré fijo unos segundos (era realmente fea) y le pregunté: “¿Cuánto sería?”. Se quedó congelada un momento y luego tuvo como un espasmo en todo el cuerpo. Rápidamente sacó el total en la calculadora: “Le hago el mejor descuento posible. Para usted, en total seiscientos. Se lo dejo a 580”.

“Un poco más bajo.”

“Como mucho veinte menos. Menos de eso, ya pierdo plata.”

“Un poco más barato. No me alcanza.”

“Entonces dígame. ¿Cuánto?”

Me acordé de lo que me había explicado mi madre, que había que dividir por la mitad, pero yo fui incluso más lejos:

“Doscientos.”

“No llego ni al costo.”

“Doscientos.”

“Seamos honestos, don. Con cuatrocientos se lo lleva.”

“Sólo tengo doscientos.”

“Todo por doscientos, no es negocio. Si quiere llevarse una cosa por ese precio se puede discutir.”

Me di vuelta y me fui. Detrás de mí, silencio. Era una sensación extraña. Me parecía escuchar claramente las voces que discutían en su interior: una que deseaba salir corriendo a buscarme; la otra que pensaba que

había que esperar aún. El primero que actuaba en ese instante era el que perdía. Seguí caminando, y estaba por cruzar la calle y doblar en la esquina, convencido de que el asunto ya estaba terminado, cuando escuché sus gritos: “Espere, espere. Está bien, se lo dejo en doscientos”. Me di vuelta. Se la veía realmente contrariada. Me hacía señas desafortunadamente con una mano; en la otra sostenía una bolsa bien abultada. Yo levanté una mano, en respuesta, pero seguí caminando. Tenía encima sólo diez yuanes y a lo sumo algunas monedas.

A la tarde, a las seis y media, regresé al anexo residencial de la academia. El viejo He justo volvía también en ese momento. El viejo y yo somos los únicos habitantes del edificio, pero en la reja hay gente haciendo guardia las veinticuatro horas. Para los nuevos cadetes de la escuela esto es una misión seria. Se mantienen parados, perfectamente derechos, pies juntos y manos pegadas al cuerpo.

Subí al primer piso manteniendo una distancia con el viejo He, y esperé a que cerrara la puerta para abrir con mucho cuidado la de mi casa. Adentro no había nada. A veces, tenía la esperanza de que un ladrón se me abalanzara al abrir. Me senté, con la cabeza en blanco, sin saber qué hacer para matar el tiempo que tenía por delante. He escuchado que los presos que purgan su pena en los campos de reeducación laboral suelen dedicarse al estudio, de manera que al salir se convierten con frecuencia en el tipo de gente capaz a la que otros

acuden en pos de consejo. Pero en cuanto a mí, mi única materia de estudio era la masturbación. Entré al baño, pensé en una chica de mi clase, traté de imaginármela en una pose sensual. No pude imaginar nada, pero terminé eyaculando igual.

Luego dormí un rato, hasta que me desperté y ya no pude seguir durmiendo. Tenía que encontrar algo que hacer. Entré al estudio y encendí la luz. En un rincón había una caja fuerte color verde oliva, de esas antiguas sin combinación. Estaba cubierta con una funda para protegerla del polvo, y sobre la funda había un florero de porcelana con unas rosas de plástico, una pila de revistas de cine, una maceta y una caja de cartón. Luego de mover estas cosas, busqué en mi llavero una llave que más o menos correspondía en tamaño, la introduje en la cerradura y exploré lentamente. Luego apagué la luz. En la oscuridad uno se concentra mejor y es más paciente. Yo la había abierto ya una vez y había encontrado en su interior estampillas, pinturas y caligrafías, objetos de jade, dólares, cascos de balas y bagatelas por el estilo.

Pensé que cuando la esposa de mi tío descubriera que la caja estaba vacía, se moriría de rabia pero no podría decir nada. Era lo que se merecía. Mi familia no le debía nada a mi tío. El hecho de que yo hubiera venido a la capital de la provincia a buscar refugio en su casa era parte de una transacción inacabada entre las dos familias. Cuando mi papá y mi tío eran jóvenes, era mi padre quien, a pesar de tener mejores notas, había dado un paso al costado y se había dedicado a proveer

para que mi tío fuera a la universidad, mientras que él se arruinaba los pulmones en la mina de carbón. Pero mi tía, por el simple hecho de ser de la ciudad, aunque nunca había sido más que una vendedora de boletos de bus, sentía que éramos como una mancha para ella. Cuando mi madre me acompañó a la ciudad y sacó las especialidades que traía de regalo, mi tía se las rechazó con arrogancia: “Llévatelo, llévatelo. Ustedes lo necesitan más”. Y yo tenía ganas de decir: “Mi mamá gana mucho más que tú”. Cuando me mudé a ese edificio, mis tíos vivían ahí todavía. Hay que decir que ese fue un tiempo muy difícil para mí. Sigiloso, contenido, avergonzado, la cara siempre teñida de vergüenza. No importaba qué hiciera o no hiciera, era imposible saber si estaba contenta. Me acuerdo de que una vez me dijo de golpe: “¿Vas a decir que ni siquiera te dejo mirar la televisión?”. Recién entonces me di cuenta de que, por miedo a que me lo recriminara, hacía dos meses que ni la encendía. Se la pasaba fregando el piso. Después de pasar el trapeador, incluso se arrodillaba y se ponía a pasar un trapo húmedo. Se escuchaba el ruido que hacía al fregar. Me daban ganas de preguntarle a alguna persona que la conociera, para saber si siempre había tenido esta manía de la limpieza, o si había surgido con mi llegada.

Ahora vivía en un edificio en otro campus, mientras se dedicaba a acondicionar lentamente un dúplex. Mi tío había sido enviado hacía tiempo a ocupar un cargo fuera de la ciudad. Yo estaba solo aquí. Antes, día tras día anhelaba la libertad. Ahora la libertad no me parecía

gran cosa: sabía a moho. Tenía demasiado tiempo, y no sabía cómo gastarlo.

Tomando el tronco de la llave entre los dedos, la giré suavemente, una y otra vez, completamente sumido en el acto. En ese momento sonaron pasos en el corredor; los pasos se detuvieron y se oyó el tintineo de un llavero; la persona encontró la llave, la introdujo bruscamente en la cerradura y la puerta blindada chirrió al abrirse. Una persona que regresa a su casa, algo tan normal. Seguí haciendo girar la llave, hasta que de golpe me di cuenta de algo: al tirar hacia afuera, la parte dentada quedaba adentro. En mi precipitación, había partido la llave. Cuando mi tía abrió la segunda puerta, intuitivamente coloqué la funda sobre la caja fuerte y enderecé las esquinas. En el momento en que ella cerró ambas puertas, terminé de poner en su lugar revistas, florero y maceta; luego se me ocurrió que no estaban en su lugar y los moví de nuevo. Al colocar la maceta mi mano temblaba violentamente y casi la dejo caer.

La puerta del estudio (podríamos también llamarlo depósito) estaba sin llave.

Mi tía miró alrededor, hacia al living y las habitaciones, luego se dirigió hacia el estudio. Me tiré al piso y, resoplando, empecé a contar: 44, 45. Ella abrió la puerta y asomó la cabeza. No se dio cuenta de que en el mismo instante, con una patada, yo ponía la caja de cartón de vuelta en su lugar.

“¿Qué haces en esta oscuridad?” Abrió la puerta de par en par, dejando que se filtrara la luz del living.

“Estoy haciendo lagartijas”, dije, resoplando.

“Deberías estar estudiando en lugar de hacer lagartijas.”

Encendió la luz y me hizo una señal para que me fuera, así que me puse de pie y me sacudí el polvo de las manos. Ella agarró el florero, lo examinó un instante y lo tiró dentro de la caja de cartón. Quizás iba a echar un vistazo a la caja fuerte. Sentí el impulso irrefrenable de decir algo, cualquier cosa, simplemente por decir, y luego estrangularla. En ese instante justo se dio vuelta hacia mí y dijo: “Eres un chico realmente raro. ¿No te dije que te fueras a estudiar?”. Sentía que la cara me ardía, la piel misma de las mejillas me latía, pero seguí plantado ahí, inmóvil.

“Sal.”

Recién cuando repitió la orden atiné a moverme. En el living, esperé angustiado que saliera, que me preguntara qué había hecho. Pero ella se limitó a meter unas prendas viejas en un bolso. Yo no entendía nada. “Mañana voy a tu casa a encontrarme con tu tío. ¿Necesitas que te traiga algo?”

“No hace falta”, dije.

Pareció darse cuenta de que me pasaba algo, pero aun así abrió la puerta y se fue.

2

Al día siguiente a la mañana, fui a investigar el pedazo de llave atascado dentro de la cerradura. No

había manera de sacarla. Quizás con una pinza sería posible. Tenía que ir a la escuela para sacarme la foto de egresados; pensé que a la vuelta, de camino, podía comprar una.

El sol brillaba con una luz enceguecedora y se reflejaba contra el piso. Mis compañeros ya estaban reunidos en el espacio delante de las aulas, se los veía charlar muy entretenidos y cada tanto se escuchaba una gran carcajada. Yo sabía, sin embargo, que no los abandonaba ni por un momento el desasosiego frente la encrucijada inminente del destino. Si uno miraba de cerca, podía distinguir en sus ojos el terror y la inquietud. Sólo yo estaba como afuera de todo. Permanecía de pie a un costado, sin acercarme a nadie.

La sesión de fotos se dividía en dos pasos. Primero la foto individual, uno por uno; luego, la grupal. Mientras esperaba, observé a Kong Jie. Para ese día especial se había puesto un vestido de fiesta negro y ajustado. Llevaba un pañuelo fino alrededor de su cuello blanco y largo, y el pelo atado en un rodete. Algunos mechones, que habían quedado sueltos, estaban empapados por la transpiración. Resultaba perturbador verla así bajo el sol: uno sentía que podía cometer un error y arruinar para siempre ese ser deslumbrante y frágil. Su madre andaba siempre detrás. Después de la muerte de su padre, Kong Jie se había convertido en su única esperanza; el tiempo que sobraba de las clases lo dedicaba todo a practicar el violín. Cada vez que tocaba, su madre estaba sentada rígida ahí, delante del escenario,

espiando la reacción del público, y luego se la llevaba, con una expresión muy seria. Hasta que hubo un día en el que el público entero se levantó espontáneamente y comenzó a aplaudir. Recién ese día su madre la abrazó y lloriqueó un buen rato con una voz desagradable.

Lo increíble es que durante un tiempo también tuvo un perro. Había logrado esquivar la doble vigilancia de su madre y sus maestros. Después de dos días, vino a buscarme, angustiada, porque yo era el único que vivía solo. No tardé en matárselo. Desde el momento en que le di una patada, su situación fue de mal en peor y terminó por morir entre las manos de ella. Le cavó un pozo con una cuchara, cucharada a cucharada, y soltó unas lágrimas sobre la tierra. Culposamente, me inventé que otra persona le había pegado la patada.

En ese momento se dio cuenta de que la estaba mirando, pensó que me pasaba algo y se me acercó. Su mirada estaba llena de ternura, como cuando un mudo se encuentra con otro mudo o un sordo con otro sordo. A los dos se nos había muerto el padre. “Pareces triste”, dijo.

“Problemas con mi tía”, respondí.

No me animaba a enfrentar su mirada compasiva y responsable, así que solté un “no vale la pena hablar” y me alejé.

En el lugar donde debíamos fotografiarnos habían clavado una tela blanca, y delante de la tela había una silla. Uno se sentaba, y el resto miraba. Llegado mi turno, sentí una gran incomodidad. El fotógrafo levantó

la cabeza desde atrás del aparato y dijo: “Ey, amigo, por qué no te arreglas un poco el pelo”. No sé por qué, todo el mundo estalló en carcajadas. Me ruboricé todo y se me crisparon los labios, pero aun así levanté la cara y dejé estampado en el objetivo mi barba crecida. Al terminar busqué a Li Yong, que había llegado allí transferido desde otra escuela, como yo. Me miró alarmado. Me había delatado tiempo atrás y habíamos peleado a causa de eso; él había perdido. Le pasé el brazo sobre los hombros, una y otra vez, estrujándolo; luego le murmuré al oído: “Hermano, una vez hermanos, para siempre hermanos”.

Terminada la foto grupal, me fui de la escuela para no volver nunca más.

Después de comprar la pinza conté cuánto dinero me quedaba: eran menos de doscientos yuanes. Mejor comprar también la cuerda de nylon y la navaja. Después de eso no me quedarían más que unos centavos. Yo sabía que la compra de material controlado tenía que ser autorizada por la oficina correspondiente, por lo cual al principio pensaba comprar un simple cuchillo de cortar fruta. Sin embargo, cuando el patrón me enseñó una inconfundible sonrisa de complicidad, de golpe pensé que tanta prudencia resultaba innecesaria y le pedí una navaja. Me llevó hacia el interior y sacó una caja llena de navajas militares. Me preguntó si quería del tipo automáticamente retráctil o no. Le dije que la primera.

Me parecía que, con una navaja, el hecho iba a tener algo de ritual. La escondí dentro del bolso, caminé entre la multitud y al poco tiempo, sin poder resistir más la tentación, metí la mano dentro y empujé el botón hacia adelante. ¡Pac! El filo saltó, brusco. Empujé hacia atrás: pac, se retrajo. Sentí una especie de mareo, era como el dios de la muerte, dotado de un poder sin límites, capaz de decidir en cualquier momento sobre la vida y la muerte de esos transeúntes: ellos, propensos a creer que el mundo discurría por sus carriles normales, no podrían entender el hecho absurdo y fatal que les caía encima como un rayo. Poco a poco, sin embargo, me serené. Tenía que elegir la víctima. Sí, tenía que elegirla. Pensé: se daña a una persona porque vale la pena. Ninguna de las que tenía ante la vista era adecuada. Hasta que vi acercarse un hombre joven que estaba peinándose con uno de esos peines descartables de hotel. O tal vez era ya un hombre en la mediana edad: no era fácil decir. Transmitía madurez en todo caso. Altura, aproximadamente un metro ochenta. Vestido con unos zapatones, pantalón largo y ceñido, camisa negra y ajustada, es decir de una delgadez exagerada: incluso de ancho tenía apenas treinta centímetros, y esto lo hacía ver muy extraño. Y sin embargo nada afectaba el juicio positivo que parecía tener sobre sí. La mirada altanera y el paso seguro, atravesaba con aspecto regio la multitud. Pensé que hasta ayer debía reposar la cabeza tristemente sobre la panza de una viuda, y esa mañana debía de haber recibido una llamada anunciándole un ascenso: iba a tener su propia oficina.

Al cruzarnos, lo escuché reírse con una voz franca en el teléfono. Pensé para mí: te maté, sólo que no te has dado cuenta.

Al volver a casa, apreté con la boca de la pinza el tronco partido de la llave, e intenté girarla, con la idea de extraerla de la cerradura, pero fue inútil. Viendo que no había esperanza, me agarró un ataque de furia y empecé a golpear la caja fuerte con la pinza, hasta que se me entumeció la mano. Tanto hacer planes, pensé, para luego frenarse en un detalle tan pequeño.

A eso de la una y media de la tarde se escuchó en el pasillo el ruido de una puerta que se cierra. Era el viejo He que salía a la calle, llevando de la correa a un perro de caza. Haciendo un esfuerzo, salí detrás de él. Esto era una parte del plan. El perro parecía sumirse en sus pensamientos cada vez que levantaba la pata y se demoraba un par de segundos antes de bajarla de nuevo. A veces los dos se detenían, él se rascaba el brazo y el animal frotaba su lomo sarnoso contra su pierna. Cuando se tendía en el suelo y se negaba a avanzar, el viejo le daba patadas en la panza y le gritaba: “Perro inútil. No sé para qué te mantengo. Por qué mejor no te mueres de una vez”. Pero el perro respondía con un par de ladridos rutinarios, en los que no se reconocía ni dolor ni miedo. Recién cuando él le pegaba un latigazo con la correa, se ponía de pie con un esfuerzo supremo, tambaleándose. A veces, para que se animara a avanzar, el viejo también le echaba delante un poco de alimento.

Este era un perro incapaz de ladrar aun si le dabas dinero. Y sin embargo, durante el tiempo en que yo había cuidado el perro de Kong Jie, no sé cómo logró enviar la información de su existencia hacia nuestro lado, de manera que el pequeño perro, enloquecido, se la pasaba rasguñando la puerta, aullando todo el santo día, hasta quedarse afónico. Fue entonces que el viejo He vino a golpearme la puerta por la primera vez. Y luego, a las patadas. Pum Pum Pum Pum. Me dieron ganas de estrangular al perro. Abrí la puerta y, antes de que hubiera podido distinguir bien su cara, me vi agarrado del cuello. Cuando abrió la boca para hablar pude ver que tenía todos los dientes podridos.

“¡Qué es ese ruido infernal! ¿Tienes idea qué hora es? ¡Mierda! Una vez o dos veces puede ser, ¡pero todo el día así! Si no sabes convivir, te largas, te largas de una puta vez. ¿Entendido? Y deja de repetir disculpe. Disculpe un carajo. Haz algo rápido.”

Admito que no tenía fuerza para resistirme. Aflojé la presión, y yo empecé a toser, pensando que de esa forma podría excitar su compasión, que podía ayudar a que el incidente llegara a su fin, pero él, como si temiera no haber sido claro, me pegó una bofetada y varias patadas. Conteniendo las lágrimas, le hice una reverencia y cerré la puerta. Miré al perro y descubrí que estaba medio muerto de miedo. Le envié un mensaje de texto a Kong Jie, pidiéndole que se lo llevara. “Hubo un problema”, le dije. En ese momento comenzó a ladrar de nuevo y le pegué una patada en el vientre que lo hizo

quedar flotando un instante en el aire, liviano, antes de estrellarse contra el piso.

Si ahora lo seguía, no era por rencor. O mejor dicho, si había rencor, lo tenía controlado. Una de mis virtudes es que no me dejó manejar por mis emociones. Me parecía que la persona que caminaba ahí delante era alguien enterrado hacía mucho tiempo. No valía nada. Podía entender el sentimiento de soledad de este antiguo instructor militar que había mirado desde arriba a miles de personas en el pasado. Por razones de la edad, sus horas de sueño se achicaban cada vez más, se levantaba siempre bien temprano a pasear al perro, de manera que cuando salía el sol no podía hacer más que volver, y era como si ya hubiera terminado con todo lo que tenía que hacer en el día. Cuando se ponía a cocinar usaba la espátula con energía, a veces golpeaba el borde de la olla con una cuchara, haciéndola retumbar fuerte. A una hora fija iba siempre a la garita de guardia a buscar el periódico, que se dedicaba a leer letra por letra y frase por frase a lo largo de toda la mañana. Llegaba otra vez el momento de cocinarse el almuerzo. Una hora de siesta, y luego salía de la casa, llevando consigo a ese perro longevo. Un día, no hizo la comida ni paseó al perro, se vistió temprano con el uniforme bien planchado, se puso sus medallas y esperó en la puerta del edificio. Caminaba de un lado a otro, lentamente, pero el coche que esperaba no llegó hasta el atardecer. Casi corriendo, se dirigió hacia él y le estrechó la mano a los visitantes, uno tras otro. Desde el primer piso, yo miraba

a esos funcionarios encargados de tratar con el personal jubilado. Acababan de bajar del coche y ya parecían querer subirse de vuelta. Apenas pude aguantar la risa.

Ahora siguió avanzando hasta que se encontró con un grupo de gente que jugaba al ajedrez alrededor de un triciclo, y se puso a mirar, tranquilo, con las manos en la espalda. Aparentemente, uno de los jugadores hizo una movida que él desaprobaba, y su rival le comió una pieza, por lo cual el viejo rezongó de manera audible y los otros lo increparon. Todo acabó con su victoria solitaria. Mirando de reojo a este personaje bizarro que parecía haber enloquecido por falta de ocupación, los otros se subieron a sus triciclos y se fueron.

Luego se dirigió hacia un muro. De un lado del muro había una obra; del otro, un mercado callejero. Del lado de la obra, de cuclillas frente a la pared, comiendo su vianda a grandes bocados, había unas cinco mujeres de mediana edad, vestidas con pijama y con carteras en la mano. Unos viejos de camiseta blanca iban y venían, con un vaso de té o una canasta en la mano, simulando no saber qué hacían las mujeres, hasta que alguna les decía: “¿Ganas de jugar un rato?”.

El viejo He se apuraba a responder siempre: “Ganas tengo, pero depende a qué”.

“¿No te imaginas a qué?”

“No sé. Dime, a ver.”

“Si ya sabes. Para qué quieres que lo diga.”

“Realmente no sé.”

“Coger.”

El viejo He se quedó contento con esta respuesta. La repetía sin parar. Coger, Coger, coger. Desató la correa que había atado al árbol y se fue con el perro a dar vueltas por el parque cercano. Lo dejé y volví a casa. Eché un poco de jabón líquido en la cerradura y volví a apretar con la pinza el tronco de la llave, sin lograr sacarla. Hasta el momento había mantenido relativamente la calma; ahora, sin embargo, empecé a impacientarme y empujé directamente hacia el interior de la cerradura la parte que sobresalía. Tras descansar un momento en el cuarto, regresé al estudio y meé contra la parte delantera de la caja fuerte. Luego, agarrándola de los pies y empujando con el hombro, pegué tres gritos y la di vuelta. Cayó del revés, estrepitosamente. Obviamente no podía esperar que se desmembrara. Pero en la parte de abajo de la caja fuerte descubrí un sobre transparente con varias vueltas de cinta alrededor. Era uno de esos sobres de plástico con cierre a presión. Lo abrí, desdoblé las hojas de diarios viejos que había en su interior, y encontré una decena de monedas antiguas. Algunas tenían la inscripción Taiping, otras Tongbao, y eran de muchas épocas diferentes.

Casi me pongo a llorar de la risa. Me hubiera gustado llamar a alguien por teléfono y explicarle cómo había descubierto las ideas que pueden pasar por la mente retorcida de una pequeñoburguesa a la hora de ocultar sus tesoros. Desconfiando de todo el mundo, e inclusive de sí misma, mi tía había concluido que el lugar más peligroso era también el más seguro. Había

pegado esas cosas de valor en la parte de abajo de la caja fuerte. El día anterior me había ordenado que saliera para agacharse y palpar ahí, y luego de palpar, irse con el corazón tranquilo.

Cuando el viejo He regresó miré la hora: eran las seis y media de la tarde. No por nada eres un militar, pensé.

3

Al día siguiente, temprano, fui al mercado de pulgas. El sol brillaba sobre las antigüedades cubiertas de polvo, el humo salía de los platos de desayuno que los patrones sostenían en sus manos, había mucho movimiento y una atmósfera apacible. Yo no ignoraba, sin embargo, que en este mercado que ostentaba por todas partes carteles del estilo de “SU NEGOCIO DE CONFIANZA”, “GARANTÍA DE AUTENTICIDAD” y otros similares, la cualidad que resultaba más fácilmente sacrificada, sin que este sacrificio dejara de ser, por otra parte, objeto de un acuerdo tácito, era la sinceridad. Los dueños de las tiendas miden a los clientes de manera casi descarada, de la misma forma que los clientes tratan de aprovecharse de los dueños. Creo que con los viejos es un poco mejor. La edad les ha permitido comprender la importancia de mantener cierta dignidad. Elegí a uno, un viejito delgado, que estaba en ese momento bebiendo té: si decía un precio razonable tomaría el dinero y me iría. Abrió el sobre y dejó caer las monedas, se puso una de